

**GIL ANDRÉS, Carlos, *La República en la plaza: los sucesos de Arnedo de 1932*, col. Ciencias Históricas, Ed. Gobierno de La Rioja, Instituto de Estudios Riojanos, Ayuntamiento de Arnedo. Logroño, 2002. 329 pp.**

Una de las características de la Historia del Tiempo Presente es su contemporaneidad, a lo que M. Bloch se respondía ya en 1955 en su trabajo *Introducción a la historia*, que era “esa fase que comprende en su última etapa los días en que vivimos” (México, 1955; 33). Pues bien, Carlos Gil Andrés aborda perfectamente esta realidad como muestra el uso de una fuente, como es la información oral, de aquellos que vivieron de alguna forma los acontecimientos que nos narra. Ahí están los testimonios de veintisiete arnedanos, que muchos años después, han podido recuperar la memoria, hasta entonces escondida.

Y esta perspectiva sólo la puede aportar, sin duda, el historiador. Como escribió Manuel Tuñón de Lara “si la historia no la escriben los historiadores, será escrita contra la historia misma” (“Introducción” a *Historia de España*, Barcelona, 1980; 38). Las pregunta que podemos hacernos a continuación es donde estarían los límites de la misma, pues si historia es pasado, presente y futuro cómo responder a esta aparente contrariedad de explicar el hoy, lo vivido, en relación a lo que es histórico. La respuesta estará, probablemente, en “su no-contemporaneidad”, es decir, en tomar el presente desde el recuerdo directo del pasado, o, dicho de otra manera, en recuperar la memoria de los acontecimientos vistos desde la realidad del hoy.

En este sentido la obra de Carlos Gil Andrés cumple perfectamente con estos requisitos. Por una parte, es historia si nos atenemos a que los acontecimientos que narra tuvieron lugar hace ya más de setenta años, y así nos lo muestran las fuentes utilizadas (documentales, hemerográficas y bibliográficas), pero por otra es memoria hecha presente cuando, como he indicado, personas vivas que estaban presentes en el momento de los hechos narrados pueden aportar sus testimonios, testimonios que se convierten en fuente histórica.

La obra, como dice su autor, trata de explicar lo que ocurrió en aquellos días aciagos de la II República, que tuvieron trascendencia nacional, como muestra el que hoy cualquier trabajo sobre la misma describa el acontecimiento y cite a Arnedo, la fecha de los sucesos, 5 de enero de 1932, y sintetice los hechos, sus consecuencias, sus análisis. Lógicamente Carlos Gil Andrés aborda en primer lugar los sucesos en sí mismos en un ir y venir, como si de una imagen cinematográfica se tratara. Así presenta el espacio, el funeral o lo que el titula “entre el hospital y el cementerio”, para más tarde contar el camino hacia la huelga, sin olvidar lo que en la época eran las relaciones entre obreros y patronos y la política del momento en relación a esa duplicidad, o la repercusión que Castilblanco tuvo en Arnedo. Al fin, se centra en la huelga, la plaza, la manifestación, los disparos y sus consecuencias: los debates parlamentarios, el informe del Gobernador Civil de Vizcaya, el juicio militar y la sentencia, donde no se aportan suficientes indicios de culpabilidad.

A partir de ahí el olvido general y la memoria particular y colectiva de los ciudadanos de Arnedo. Carlos Gil Andrés nos introducirá en la segunda parte del libro en los cambios de esa ciudad, en el análisis de las “Figuras del orden: la Guardia Civil” y en la represión y el olvido tras la guerra civil, lo que significa, a su vez, la ingratitud de su omisión. Sólo la democracia recuperada, tras la muerte de Franco,

en 1975 volverá a “desenterrar el pasado” y a que la memoria colectiva pueda revivir lo sucedido.

Sin duda, el autor ha sabido recuperar la memoria, por un lado, pero a la vez también reconstruir ese pasado con la narración de las experiencias personales, con las imágenes que ilustran el libro, con la prensa de la época que cuentan lo que suponen que aconteció, tratando como escribe él mismo de “rescatar la complejidad de la historia para comprender que el pasado no es una línea recta que llega hasta nosotros, que tampoco hay acontecimientos ni pasajes excepcionales, que las cosas no pasaron porque pasaron y que lo importante es conocer los problemas que tuvieron y que tienen las personas” (2002;15). En última instancia se trata de recomponer, de recordar, pero no por el hecho en sí mismo del recuerdo, si no para que éste sirva como futuro de convivencia, lo ocurrido no se repita y que la España de hoy pueda saber que ésta, la convivencia, junto a la concordia sirvan de acicate para que los españoles no repitamos tan infame pasado y que nuestras discrepancias encuentren otros medios y otros espacios para disentir, como muestra la democracia en la vivimos, aunque a veces pueda parecer difícil este entendimiento.

En este caso creo que el autor y el libro cumplen con creces todos estos objetivos. El autor por su buen trabajo, porque ha sabido conjugar conocimiento erudito con una narración que, incluso a veces, parece un cuento en lugar de un hecho terrible, y en cuanto al libro, porque espero que al leerlo se haya recuperado la memoria oculta, a la vez que sea lección de futuro, que al fin y al cabo eso es historia.

**José Miguel Delgado Idarreta**  
Universidad de La Rioja